

# La isla de los ingenios Fernando García del Río

Aventuras e infortunios  
de un corresponsal en  
La Habana en las postrimerías  
del castrismo



# La isla de los ingenios

## Fernando García del Río

Aventuras e infortunios  
de un corresponsal en La Habana  
en las postrimerías del castrismo

*ediciones península*

© Fernando García del Río, 2015

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com);

91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2015

Las fotos de los pliegos son todas de Fernando García del Río, excepto la imagen en la que aparece Jorge Perugorría, que es de autor desconocido, y la de Alejandro Robaina con Carlos Pérez Deroy y el autor, cedida por Chelo Pérez.

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015

Ediciones Península  
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

Romanyà-Valls - impresión  
Depósito legal: B-2.480-2015  
ISBN: 978-84-9942-392-0

## ÍNDICE

Prólogo: El señor de <i>La Vanguardia</i> , por Alfredo Abián	15
1. La máquina del tiempo	29
2. Súbeme esa radio, haz el favor	43
3. El desplazamiento de las cosas	59
4. Estática milagrosa	85
5. La resurrección de la chatarra	97
6. Afrodita, el cónsul acorralado y el sabio del cacao	113
7. Esperando la guagua	135
8. El síndrome de la montaña rusa	157
9. Fidel abdica. Liberan al «compañero DVD»	171
10. Plan Camarioca, hay pero no te toca. Plan Escambray, te toca pero no hay	191
11. La revolución se hace vieja	211
12. ¡Ahorro o muerte!	239
13. El sueño americano, Guantánamo y la libertad	263
14. Forradores de botones y desmochadores de palmas	287
15. Desacreditado	307
Epílogo: El pan y el apellido. Últimas noticias	323

## LA MÁQUINA DEL TIEMPO

El avión aterrizó en La Habana con puntual retraso: media hora sobre el horario previsto, lo que no estaba mal para Iberia ni mucho menos para Cuba. La tarde se apagaba sin remedio. La luz artificial era tan escasa que aumentaba la sensación de oscuridad. Estábamos en noviembre de 2006, «Año de la Revolución Energética». El Gobierno de los hermanos Castro sacaba pecho como pionero mundial en la sustitución de lámparas convencionales por los que allí llamaban «bombillos ahorradores». Lo cierto es que la atmósfera fuera del aeródromo era mortecina. Pero el bajón duró poco. El bullicio de los pasajeros tras pararse el avión, el bofetón de aire tropical al salir a la pasarela y los requerimientos de la autoridad competente enseguida me distrajerón de mi desazón lumínica; al menos por unas dos horas, que es lo que iba a tardar en ver de nuevo la calle, ya en la República de Cuba.

El multicolor despliegue de banderolas que decora el vestíbulo del aeropuerto José Martí puede alentar las expectativas de fiesta y cachondeo del recién llegado predispuesto a pasarlo en grande en la isla de la alegría. De entrada, lo que vivirá es una yincana. Y no una yincana festiva, aunque sí con todas las

características de una de esas competiciones con pruebas más y más complicadas a medida que transcurre el recorrido.

Primera prueba. Marcha a paso ligero por un pasillo y una escalera mecánica averiada, rumbo a las cabinas de inmigración. A mayor lentitud del participante, más larga será la cola que encuentre. Como era mi primera vez, me comí una espera de una hora. Llegó entonces el momento del interrogatorio a cargo del guardián de la frontera, una mulata con uniforme verde oliva, rostro repintado y uñas coloridas de tres centímetros, todo ello en contraste con el blanco aplastante de las paredes del cubículo en que desempeñaba su trabajo. Tras el papeleo y la foto de control, la agente me devolvió los papeles y me dio la bienvenida. Sonó entonces el ruidillo de desbloqueo de la puerta anexa que me invitaba a pasar a la casilla siguiente.

Segunda prueba. Paso por el arco detector de metales. Los funcionarios bromeaban con los pasajeros. «¿Qué, de paseo por Cuba?», me interrogó mi agente. Y, sin darme tiempo a responder, me susurró al oído: «Ya verá como la pasa bien: ¡la mujer cubana es especial!».

Tercera prueba. Presentación del impreso sobre salud que me habían hecho rellenar durante el vuelo. Me lo pidió una doctora vestida, además de con la bata blanca de rigor, con las medias de rejilla y falda corta que, según iba viendo, todas las féminas empleadas por el Estado usaban en Cuba. La médico me hizo dos preguntas. Una: «¿Padece o ha padecido recientemente la gripe u otra enfermedad?». Y dos, por lo bajini: «¿No ha traído alguna chuchería, no sé, algún adorno que pueda regalarle a mi hija... O, si no, algún euro?». Pese a sendas respuestas negativas, pasé el control sin contratiempos.

Cuarta prueba. Cambio de moneda. Por fortuna, ya me sabía el truco. Sólo traía euros en metálico. Si hubiera optado por los dólares, el dependiente de la casa de cambio (Cadeca) me habría aplicado una penalización del 10 por ciento. Bien asesorado

por un colega, compré la cantidad justa de pesos convertibles (CUC), más un puñado de pesos cubanos (CUP) con los que pagar bienes o servicios normalmente reservados a los oriundos.

Quinta prueba. Recogida del equipaje: lo más difícil. Según el indicador electrónico, mi maleta saldría por el carrusel número 1. Por culpa de mi retrasada posición en la carrera, decenas de viajeros que se me habían adelantado copaban los puestos de primera línea de cinta. De puntillas y entre las cabezas de los ganadores provisionales, vi que el tapiz se movía. Pero con sólo un par de bultos que daban una vuelta y otra y otra. Al cabo de veinte minutos, la boca del carrusel número 2 empezó a escupir maletas y paquetes. Aunque el indicador decía que eran de otro vuelo, un compañero de viaje atisbó allí sus cosas y se abalanzó hacia ellas. Le siguió un segundo pasajero, a éste un tercero, y así sucesivamente. Cundió el desconcierto y se hizo el caos. Las alarmas se me desataron del todo al observar como dos tipos con uniforme azul retiraban algunas maletas del carrusel 2 y las apartaban a un rincón. Entonces el carrusel número 1 comenzó a pasear más bultos. La gente iba y venía con sus carros, refunfuñando. Estaba claro: no había reglas ni rótulos que valieran. Era la guerra. Poco a poco, cada cual fue recogiendo sus pertenencias. De carrusel 1, del 2 o de los rincones donde los empleados habían apilado las piezas de su elección. ¿Por qué lo hacían? Uno de los uniformados me aseguró que «para evitar el desgaste de la cinta». Lo que no explicó es por qué un pasajero acababa de darle una propina a cambio de su maleta. Una observación más atenta de la jugada me llevó a deducir que él y sus compañeros tenían montado un pequeño chiringuito paralelo de recogida de maletas.

Sexta y última prueba. Elección de un taxi, tras haber salido por la puerta de «nada que declarar». Con el vivo recuerdo de anteriores experiencias en otros países, me marqué el modesto objetivo de hallar un taxista que se aviniera a poner el

contador o pactar un precio razonable. Después de rechazar varias ofertas, un poco por cansancio y otro poco por candidez me dejé engatusar por un tipo de mediana edad que me propuso un precio en apariencia razonable (30 pesos convertibles o CUC) «por ser español», según me dijo. El hombre no tenía problema en darme recibo, todo muy legal. Luego resultó que su taxi era un pequeño Moskvitch —de fabricación soviética— que ya tenía un pasajero en el lugar del copiloto y cuyo asiento trasero se hundía casi hasta el suelo. Qué más daba. Salíamos de allí, por fin, rumbo a La Habana.

Aunque no sólo a La Habana. Además de ser un lugar digamos entretenido, la terminal número 3 del Aeropuerto Internacional José Martí materializaba el viejo sueño humano de la máquina del tiempo. Esa entelequia que tanto había dado al cine y la literatura de ficción se hacía allí realidad como por arte de magia. Empecé a constatarlo en cuanto el taxista Alejandro me sacó de la base aérea en dirección a la «capital de todos los cubanos».

Era viernes y se notaba. El tráfico en la avenida de Rancho Boyeros, que une el José Martí con la capital, parecía intenso pese a la desfallecida iluminación de la calzada. De repente, en un cruce, dos carromatos de caballos nos salieron al paso y casi se nos echaron encima. Los conducían dos veinteañeros, de pie como si guiaran una cuadriga. Llevaban las riendas en una mano y una botella en la otra. Ellos y los amigos que se sentaban atrás lo pasaban bomba. En cambio, los jamelgos que los transportaban parecían horrorizados. De algún aparato que la pandilla llevaba a bordo de uno de los vehículos salía una música estridente, a todo volumen y con notable nivel de bajos. Los pencos estaban sucios además de flacos, pero las ruedas de los carros lucían recién pintadas de un rojo fluorescente.

Después del susto por el encontronazo, la visión de los cochazos americanos de los años cincuenta que poblaban la carretera resultaba más plácida que extraña. Otra cosa era el pestazo que desprendían. Cada acelerón de uno de esos cacha-



ros era una nube negra de la que se intuía alguna incidencia en el cambio climático. Y el taxista llevaba las ventanas abiertas, creo que permanentemente por avería. El aire, aunque fuera maloliente, aplacaba el calor empapado de La Habana. Había empezado la estación seca, pero cualquiera lo diría.

Siluetas de palmeras, carteles con proclamas antiyanquis, cabañas pequeñas junto a edificios monstruosos, más y más tráfico... Entre especulaciones del chofer sobre la salud del «compañero Fidel», en poco más de una media hora llegamos al centro. El hotel en que me alojaría, el Habana Libre, se perfilaba claramente en el *skyline* de la urbe.

Corría el mes de noviembre de 2006, como dije, y hacía tres meses y pico que el comandante en jefe había caído enfermo de gravedad; se supone que a causa de una diverticulitis que lo tenía postrado en el lecho de muerte. El mes anterior, la dirección de *La Vanguardia* me había propuesto abrir la primera corresponsalía del diario en La Habana. Llevaba cinco años como delegado en Bruselas y ya estaba un poco cansado de información comunitaria; de las ruedas de prensa y *briefings* a cada rato; del aluvión diario de informes y notas; de las continuas reuniones técnicas, consejos de ministros y cumbres. El cambio a Cuba era desde luego radical, además de apetecible. Todos mis colegas decían envidiarme porque iba a vivir y cubrir «una etapa interesantísima en un país apasionante». Nadie dudaba de que Fidel Castro fallecería pronto; cuestión de días o semanas más que de meses. Buitreo periodístico en su máxima expresión. Pero así es este oficio, para bien y para mal.

El líder revolucionario y toda su gente iban a tener ocasión de descojonarse a placer de todos nosotros.

Quien haya viajado a Cuba ya habrá experimentado la impresión de súbito retorno a un pasado del que sólo tenía noción por fotos, películas y libros de historia. En el año 2006, la mayoría

de las viviendas rurales de Cuba eran iguales o muy parecidas a las de siglos atrás. La costa estaba prácticamente sin tocar, con la salvedad de un puñado de puntos turísticos entre los que desde siempre destacó Varadero. Los viejos coches americanos, los autobuses antiguos donados por municipios de todo Occidente, los Lada y Moskvitch soviéticos y las motocicletas MZ de la República Democrática Alemana campeaban por calzadas, carreteras y caminos igual que cuando Fidel Castro se las veía con Richard Nixon en los años sesenta del siglo xx. Y en los campos de cultivo los caballos y bueyes incluso superaban en número a los tractores, en su mayor parte moribundos cachivaches heredados de la URSS. En cuanto a la arquitectura, pocos eran los edificios construidos desde el triunfo de la revolución en cualquiera de las poblaciones cubanas, La Habana incluida. Muy superior era el número de los que en esos cincuenta años se habían derrumbado, víctimas del abandono y las carencias; del paso de algún ciclón, o de la suma de lo uno y lo otro.

Pero la vuelta atrás inspirada por el paisaje casi no era nada en comparación con el retroceso que el sistema y sus circunstancias, me sugerían a cada rato. Al fin y al cabo el decorado, por muy vetusto que resultara, se veía salpicado por gotas de presente que mitigaban la vejez del conjunto. Algunos vehículos nuevos, los jóvenes con ropa a la última, los compases de reguetón sonando en cada esquina o los puestos callejeros con los DVD del momento te recordaban de vez en cuando que seguías en el siglo XXI: el túnel del tiempo físico dejaba ver las grietas por donde se filtraba el ahora. Menos permeable era el túnel del discurso oficial cubano. Los conceptos que sostenían los que mandaban, sus consignas y su lenguaje, los actos que organizaban..., todo eso lo colocaba a uno directamente en la Guerra Fría. Así era en 2006 y así seguiría siendo unos cuantos años más, si bien con lentas correcciones y cada vez más fisuras abiertas por el peso del mundo y su aplastante realidad.

La nostalgia de los isleños por su modernísimo pasado podía aumentar la percepción de estancamiento e ingravidez temporal que le envolvía a uno desde su aterrizaje en el José Martí. Los cubanos, campeones mundiales de autoestima, no pierden ocasión de reivindicar su condición de primeros en casi todo..., allá en los tiempos lejanos en que lo fueron. No les falta razón, pues en verdad Cuba fue el país de América Latina al que primero llegaron el ferrocarril, el tranvía, el automóvil y la televisión, por ejemplo. Y la segunda nación del globo donde se vio la tele en color.

El hotel donde me instalé en aquel primer viaje de prospección con vistas a la apertura de la corresponsalía no podía resultarme más evocador e ilustrativo. Se trataba de uno de los principales emblemas del cambio de ciclo en Cuba. Para empezar, el Habana Libre es el antiguo Habana Hilton; los revolucionarios lo expropiaron y renombraron en junio de 1960. Antes, fue allí donde Fidel Castro se alojó y estableció su oficina en los primeros meses tras su triunfante entrada en la ciudad, el 8 de enero de 1959. Su habitación (la número 2324) se convirtió, por tanto, en el puesto de mando de la revolución, así como en escenario de tórridos romances. La propia estancia y otros espacios del establecimiento fueron asimismo testigos de las primeras tentativas de asesinar al flamante líder: más de seiscientas en total, según la versión oficial.

El plan magnicida que más cerca estuvo de prosperar fue el que la mafia estadounidense, supuestamente conchabada con la CIA, trató de ejecutar dentro del Habana Libre en marzo de 1963. Aunque ya no pernoctaba en él, Fidel seguía yendo por allí con frecuencia, lo mismo para presidir un acto oficial que para tomarse algo. En particular, al entonces primer ministro le encantaban los batidos de chocolate que servían en una de las cafeterías del hotel. Conocedores de esa afición del mandatario, los conspiradores colaron a uno de sus agentes como camarero del local y, como arma para el crimen, le

proporcionaron una cápsula con veneno. Pero el tipo no tuvo mejor idea que ocultar la pastilla en un refrigerador. Cuando Fidel visitó la cafetería el día indicado y el ejecutor se dispuso a verter la ponzoña en el batido, la cápsula se había congelado.

La habitación que me dieron en el Habana Libre ofrecía una amplísima panorámica con el Atlántico como horizonte, el Hotel Nacional en primer plano y, entre medias, la zona del malecón que agrupaba la mayor concentración de símbolos y escenarios del conflicto cubano contra el enemigo imperialista. Era lo que en mi primera crónica llamé la «milla roja». La vista era magnífica. Lástima que las ventanas no pudieran abrirse. «Nunca se pudo desde que Fidel vivió aquí: razones de seguridad», me aseguró una limpiadora. «¡Qué va! Es por si viene un ciclón, para evitar una desgracia», corrigió el camarero de la planta, de nombre Carmelo Ferrán Tabío y de profesión original ingeniero agrónomo: uno de tantos cubanos con titulación universitaria que se habían refugiado en el siempre mejor pagado sector de la hostelería, donde sólo las propinas multiplicaban varias veces el salario de cualquier licenciado.

En el hall del antiguo Hilton, las fotos en blanco y negro del comandante en jefe con su tropa en el «Año de la Liberación» competían en protagonismo con unos vistosos carteles que mostraban los rostros sonrientes y nombres en grandes caracteres de «Los Cinco» o «The Cuban Five». ¿Era el anuncio de un disco o de una actuación musical? ¿Sería un grupo de salsa o una banda de boleros? Nada de eso. Me hallaba ante un importantísimo reclamo político: el de la *exigencia* de libertad inmediata para «Los Cinco Héroes Antiterroristas Prisioneros del Imperio», es decir, de los cinco agentes cubanos encarcelados en Estados Unidos desde 1998 y condenados en el 2000 —tres de ellos a cadena perpetua— por «conspiración para el espionaje». Era el gran *casus belli* de La Habana contra Washington, casi a la par con el «injusto y criminal bloqueo».

\*\*\*

Mi primer paseo por La Habana a la luz del día terminó de ilustrarme acerca de la gravedad y trascendencia que el aparato de propaganda castrista otorgaba a la demanda de liberación de Los Cinco. Vallas y carteles con sus fotografías y las correspondientes proclamas salpicaban toda la ciudad: «¡Volverán!», «*Free the Five now!*», «Justicia», etcétera.

Un tema tan cubano y tan relevante para Cuba pero tan desconocido fuera de ella merecía una pequeña crónica, me dije, y me puse a ello. Para mi estupor, pronto comprobé que todos mis colegas occidentales vieron la publicación como un gesto destinado a facilitar la obtención de mi credencial de corresponsal permanente. Un gesto unilateral o pactado; esto es, un acto de peloteo o una concesión a la autoridad, pero en ningún caso el resultado de un impulso periodístico para informar de lo que en Cuba parecía crucial y a casi nadie importaba lejos de allí.

No tardé demasiado en comprender el porqué de la maliciosa pero unánime interpretación de mis compañeros: tal como me hicieron saber los voluntarios o inconscientes recaderos del régimen, la reivindicación sobre Los Cinco de marras, sentenciados como espías cuando lo único que pretendían era desmontar operaciones terroristas contra su patria —aseguraba el Gobierno—, no sólo era incuestionable sino insoslayable. Todo medio extranjero que quisiera asegurar o renovar su estadía en Cuba habría de tratar la materia en alguna ocasión, o mejor en varias, por supuesto con la mayor delicadeza. O sea, que lo mismo que había cuestiones que no convenía tocar, como en su momento me sería puntualmente indicado, existían otras en las que no cabía el silencio o la indiferencia... O cabía pero no convenía, so pena de caer en desgracia y acabar perdiendo el preciado cartoncillo de «prensa extranjera autorizada».

Antes de este iniciático baño de realidad sobre las peculiaridades del trabajo del periodista foráneo en Cuba, lo que mi primer paseo matinal me confirmó sin lugar a dudas era que había ido a parar a un lugar fuera de mi tiempo, o del tiempo a secas; que me encontraba en un pasado imperfecto donde, como en una mala película con errores de atrezo, sólo algunos objetos del siglo XXI estropeaban a ratos la mágica recreación de lo que esta urbe tenía que haber sido cinco, seis o siete decenios antes.

Justo frente al Habana Libre, en el otro lado de la calle 23 —llamada «la Rampa» en el tramo entre el hotel y el malecón—, el cine Yara y su gran panel luminoso con los títulos en cartelera le trasladaban a uno a las viejas salas americanas de los años cuarenta. Sólo que las películas que se anunciaban eran de estreno. Y, lo que me llamó la atención, más de una era yanqui. Enseguida comprobaría que, en contra de lo que uno pudiera pensar, los cines y la televisión de Cuba exhibían tantas películas y series norteamericanas como los de cualquier otro país occidental. Y antes que en ninguno de éstos, pues los cubanos aquí no reconocían los derechos de propiedad intelectual ajenos. Así que lo pirateaban todo sin encomendarse a nadie. El problema era la calidad de las grabaciones; a menudo, las voces se oían con eco y las imágenes aparecían ensombrecidas por las siluetas de espectadores que habían llegado tarde o se habían levantado antes del final en la proyección original. Quienes hayan visto un DVD mal copiado sabrán de qué hablo. En un cine, la impresión de estafa es mayor. Pero allí a nadie se le ocurría quejarse —no estaría claro a quién— del defectuoso pase de una película por cuya visión los ciudadanos que tenían a bien pasar por taquilla pagaban dos pesos nacionales (unos cinco céntimos de euro). Los espectadores solían conformarse con hacer y escuchar chistes sobre lo que el actor dijo o no dijo, sobre si la escena se rodó de noche o de día, o si la cinta cayó al agua durante el transporte. Se viera bien o mal, rara era la sesión en que

faltara algún comentario agudo al hilo de lo que se mostraba en la pantalla. El mejor que escuché fue el que alguien gritó durante la insólita exhibición en el cine Rampa de *La vida de los otros*, estupenda película sobre el espionaje de la Stasi en la RDA que la autoridad cultural cubana se decidió a proyectar en una de sus esporádicas demostraciones de presunto aperturismo. «Muchacho, ésa no es la vida de los otros», exclamó el espontáneo: «¡Ésa es la vida de nosootros!», soltó con gracia. Todo el mundo explotó en carcajadas y aplausos.

Desde el Yara, sólo había que cruzar la calle L para entrar en la heladería Coppelía, orgullo arquitectónico y alimentario de la revolución. El lugar lo situaba a uno en los años sesenta o setenta. No tanto por el estilo del edificio o la grafía de los rótulos como por la paciencia eterna —impropia de nuestros días— de las decenas de clientes que guardaban cola a la entrada. La pachorra y despreocupación de estos ciudadanos en una mañana laborable de finales de noviembre resultaba incompatible con la agitación que se le suponía a cualquier capital del mundo, por muy tropical que fuera, en pleno año 2006. El mérito parecía mayor si se tenía en cuenta el penoso estado y peor servicio del famoso y otrora prestigioso establecimiento. ¿Dónde habían quedado los 26 sabores que Coppelía había ofrecido antaño, si como mucho ahora te daban tres a elegir? ¿Y dónde la cantidad y calidad del helado que podías degustar?, se lamentaban los habaneros. Hasta los medios oficiales denunciaban la decadencia de la heladería, donde no era difícil —decían— descubrir a algún empleado robando mercancía.

Coppelía quedaba dentro de un frondoso parque con un peculiar espacio de juego o recreo cuya pieza principal no era un tobogán ni un columpio, ni mucho menos un inexistente tiiovivo, sino una caseta para practicar el tiro con escopeta de perdigones. No estábamos en época de feria. No se veían más barracas o atracciones. Y tampoco ésta lo era. No había

perrito piloto —ni alegría ni alboroto, como diría el feriante— para el que acertara a la diana. Porque aquello no era un juego, sino una «actividad» encarecidamente recomendada a niños y mayores. Se trataba, según la consigna inscrita en éste y otros garitos idénticos instalados en los parques de la ciudad, de entrenar la puntería para, en cualquier momento, «enfrentar la acción del enemigo». Como meses después lo explicaría el *Granma* en un impagable reportaje al respecto, la práctica de tiro en los espacios urbanos era, por un lado, «un entretenimiento y útil intento por emplear el tiempo libre de forma sana»; y, por otro, un medio para ir formando candidatos al grupo de tiradores de élite de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, cuyo lema es «¡Blanco arriba, agresor abajo!». Que nadie se equivocara con estos aguerridos muchachos, proseguía el reportaje: «A la hora del combate (nunca deseado ni provocado por Cuba), ellos no dudarán en aniquilar al adversario y a sus francotiradores; neutralizar su armas y equipos; provocarles la mayor cantidad de bajas humanas y materiales, y crear una situación irreversible de pánico e inseguridad en sus tropas».

La calle 23 daba mucho más de sí. La densidad del tráfico, la sucesión de ministerios y oficinas en la parte de la Rampa, y los restaurantes, cafeterías, cines, tiendas y salas de fiesta a lo largo de toda la avenida creaban la ilusión de un centro urbano animadísimo, con una febril actividad productiva de día, una amplia oferta de ocio de noche y considerables niveles de consumo a todas horas. Ya las obligadas incursiones en despachos y puntos de recreo del barrio me irían poniendo los puntos sobre las íes con respecto a la diversidad, velocidad e intensidad de lo que esa calle y sus alrededores ofrecían.

El cruce de 23 y L —es decir, la confluencia del Habana Libre, el cine Yara y la heladería Coppelia— es el corazón del hermoso barrio o «reparto» de El Vedado. El nombre data del siglo XVI y se debe a un bando del cabildo habanero: para



proteger a la ciudad de los frecuentes ataques de piratas y corsarios, la institución local prohibió los asentamientos, el pastoreo y la construcción de caminos en la extensa elevación de terreno que se alzaba ante el litoral. Con el tiempo, el núcleo urbano se fue transformando en la joya algo ajada que conocí: con sus casonas y palacetes levantados por comerciantes y terratenientes de finales del xix y principios del xx; con los chalets y edificios de viviendas construidos para las clases medias que allá se establecieron a partir de los años treinta. El barrio de los centros oficiales, los grandes hospitales y la Universidad de la capital; el de los árboles de tronco inabarcable e irreductibles raíces que rompen las aceras, y también el de las fachadas derrotadas por la humedad y los socavones y zanjas por doquier.

Aquí, en el bello y vetusto Vedado, empezaron mis aventuras y desventuras como corresponsal en la isla de la máquina del tiempo. El último reducto comunista de Occidente. El supuesto paraíso de la alegría y del bailongo por encima de la desgracia y la penuria. El país de los ingenios.

Mi predisposición era buena, casi inmejorable. Pensaba que Cuba vivía bajo una dictadura y una gerontocracia que no cabía justificar; que la gente carecía de libertad y afrontaba graves dificultades materiales, pues sólo así podía explicarse que miles de cubanos se jugaran la vida cada año para tratar de escapar de allí en precarias embarcaciones al albur de tormentas y tiburones en el estrecho de la Florida. Pero también estaba persuadido de los logros cubanos en cuestión de formación, sanidad, protección social y seguridad alimentaria, por no hablar de sus significativos éxitos en el deporte. Constataba en su gente, además, una chispa y un sentido del humor difíciles de superar. Y creía que, en todo caso, la inevitable desaparición en breve plazo del líder histórico de la revolución, asimismo último gran líder del siglo xx y de toda una era, abocaba al país a grandes cambios; habría que ver

cómo, a qué ritmo y en qué dirección. Para eso estaba allí, para verlo y contarlo a los lectores como mejor supiera. Con espíritu crítico pero sin prejuicios.

Esto tenía yo en la cabeza al tomar tierra en Cuba. Un esquema mental simple y bienintencionado para empezar. Hoy, pasados aquellos cuatro años de estancia y algunos más de recuerdos, diría que mi mirada inicial a la isla era más bien simplona; un poco por ingenuidad y otro poco por ignorancia o falta de información directa. Algo que empezaría a cambiar de inmediato.